




I CERTAMEN DE RELATO BREVE 2018

RELATOS PREMIADOS

**DALE
UN
GIRO
ATU
VIDA**




I CERTAMEN DE RELATO BREVE 2018



Depósito Legal: M-37587-2018

ISBN: 978-84-87556-85-2



Este año el Colegio Oficial de Psicólogos de Madrid, dentro del área “Espacios Culturales”, convocó el primer Certamen de Relato Breve bajo el lema: Dale un giro a tu vida, en línea con el eslogan de la reciente campaña de visibilización de la figura del profesional de la Psicología entre la población de la Comunidad de Madrid.

Un jurado compuesto por Juan Carlos Fernández Castrillo, Javier Ruiz Taboada y Antonio F. Figueras y que yo misma presidía, tuvimos el placer de leer los trabajos presentados y la difícil labor de seleccionar los tres premios que las bases indicaban. El certamen ha tenido una gran acogida por parte del colectivo de psicólogas y psicólogos de todo el territorio español; 76 relatos han concursado, todos de una encomiable calidad, lo que nos anima a mantener estas iniciativas culturales y convocar posteriores ediciones.

Expreso mi satisfacción por formar parte de esta bonita tarea, el agradecimiento a los todos los participantes y la felicitación a los premiados.

Maria Antonia Álvarez-Monteserín Rodríguez

Presidenta de Honor del Colegio Oficial de Psicólogos de Madrid

TERCER PREMIO



I CERTAMEN DE RELATO BREVE 2018

FOLLIE Á DEUX

María Luisa Álvarez Molins

María se levantó, como cada mañana, Pedro, su marido, ya estaba en la ducha. Desde que se casaron se prometieron desayunar juntos cada día, con tiempo para hacerse el zumo, ojear el periódico, mirarse...

Hoy no, hoy iban tarde, correrían, se mirarían, se beberían su café con leche y se despedirían hasta la tarde.

María trabajaba en un banco, en el departamento de finanzas. Pero hoy María, al salir de casa, cambió su ruta. Se dirigió a su centro de salud. Andaba muy preocupada con lo que acababa de ver.

Al llegar, todo fueron problemas para que la atendieran. No tenía médico asignado, no había pedido cita previa, no explicaba el motivo de consulta. "Entienda, que si usted no me dice el motivo de consulta, yo no puedo derivarla al servicio de urgencias, ¡aunque usted me asegure que lo suyo es una urgencia!" trataba de explicarle una amable señorita del centro de salud. Pero María se sentía totalmente incapaz de explicar por qué era una urgencia.

Sabía que era urgente, lo que había visto ¡Pero cómo iba ella, delante de toda la gente que estaba esperando, explicar lo que había sucedido esa mañana!

Después de tiras y aflojas, la amable señorita de la administración accedió a darle una cita.

María esperó y esperó sentada en aquellas sillas siamesas que tiene la seguridad social. La gente hablaba, pero ella no escuchaba nada, estaba absorta en sus pensamientos, no creía lo que había visto y empezó a pensar si lo que había visto era cierto.

Pedro, era ingeniero de caminos, trabajaba para una renombrada constructora. Era serio, trabajador, fiel, le gustaba la natación y su único punto un poco loco era su afición al karaoke.

Jamás había cometido la más mínima locura pero aquella mañana, María vio que Pedro, silencioso como siempre, empezaba a prepararse su café con leche en su regadera, una regadera pequeña de caño largo que María tenía reservada para sus orquídeas, y que con total naturalidad Pedro se había metido el caño de su regadera en la boca y se había tomado su café con leche, frente a frente a María, comentando “¡Ah, qué bien sienta este cafecito por la mañana!”.

Fue tal la normalidad con la que Pedro se bebió su café, que se sintió incapaz de decirle nada, supo que algo grave le estaba ocurriendo a su marido.

Mientras andaba ensimismada en sus pensamientos, escuchó una voz chillona que decía: “¡María García!” esa era ella, la enfermera la estaba llamando. “Buenos días”, le dijo la médico sentada detrás de la mesa, sin mirarla, mientras tecleaba algo en su ordenador. “¿Qué le pasa?”

De repente María volvió a sentirse como cuando vio a Pedro aquella mañana tomándose el café con leche de la regadera, incapaz de decir nada.

La doctora, en tono más apremiante, volvió a decirle: “¿Usted dirá? ¿Qué le pasa?”

No pudo decir nada, sólo levantarse y marcharse. Deambuló toda la mañana por la ciudad, anduvo sin destino, absorta en sus pensamientos.

No podía comentar todo esto con nadie, no la creerían o pensarían que Pedro se había vuelto loco, que estaba “como una regadera”, y ella sabía que Pedro no estaba loco.

Se encontraba perdida. Pensó en pedir cita con un psicólogo, pero también pensó que creería que era ella la loca y ella sabía que no estaba loca.

Finalmente tomó una decisión. Cuando Pedro llegara a casa por la tarde, hablaría con él. ¡Debía saber qué le estaba pasando! Eran las dos del mediodía y Pedro solía llegar sobre las tres y media. Iría a casa, se tranquilizaría y lo esperaría.

Al llegar a casa, se recostó en el sofá y se puso a ver las fotos del verano en su portátil. Esto la relajaba. Habían pasado unos días en la Cerdaña con amigos, habían paseado, charlado, reído, comido, lo habían pasado bien. Mientras andaba distraída en sus recuerdos, escuchó el familiar ruido de la llave girando en la puerta de entrada. Era Pedro, que llegaba del trabajo. Puso a hibernar su ordenador, tomó aire y con naturalidad le dijo: “¿Qué tal te ha ido el día?” “Bien, bien...” le respondió Pedro, dándole un beso en la mejilla.

María aprovechó el acercamiento, le cogió la mano y le dijo: “Pedro, tengo que hacerte una pregunta, ¿por qué te tomaste esta mañana el café en la regadera?”

Pedro, la miró, sonrió y le dijo, “¡Pero María! Te explicaré... ¿Recuerdas que este verano en La Cerdaña fuimos a comer a un restaurante y que de primero me pedí una ensalada de flores? Nos dijeron que estaban de moda, estaban ricas aliñadas con la ensalada. Yo no te dije nada, pero durante estos dos últimos meses, fui notando que crecía algo en mi interior, algo bello.

Me sentía bien, me sentía feliz, hasta que un día lavándome los dientes noté algo extraño, como un tallo entre los dientes. Me miré en el espejo y vi que salía una flor. ¡María, mi primera flor, aquello fue extraordinario! Una sensación de plenitud... Pensé que no me creerías, así que la arranqué y la puse en la jarrita que hay sobre la mesita del salón, junto a la ventana. Esas flores que tu creías que yo te compraba cada semana, eran mis flores, nacidas de mis entrañas y yo también, como tú, tengo que regar mis flores. Por eso me tomo el café en la regadera, ¿lo entiendes ahora?”

¡Aquello le pareció tan tierno a María! ¡Era como si aquellos hijos, que Dios no había querido darles, se presentaran en forma de flores!

Se fundieron en un abrazo y cada mañana Pedro se tomaba su café con leche de la regadera de María y María cada semana tenía su flor en el pequeño jarrón, sobre la mesita del salón, junto a la ventana.

María volvió a interesarse por el IBEX 35 y Pedro siguió acudiendo a su trabajo en la constructora, como había hecho en los últimos diez años, pero jamás contaron su secreto a nadie.

SEGUNDO PREMIO



I CERTAMEN DE RELATO BREVE 2018

SESIÓN DE TARDE

Margarita del Brezo Gómez Cubillo

Tengo miedo. Los pájaros de mi cabeza se están quedando sin plumas y en el estómago no revolotean ya las mariposas de antaño. En su lugar hay un par de peces glotones que se alimentan de mi flora intestinal y me arañan las entrañas con sus brillantes escamas plateadas.

Toni dice que no me preocupe, que eso es por el paso del tiempo, y después, de corrido, sin siquiera tomar aire para respirar, dice que vayamos al cine, que echan una película de aventuras que tiene muchas ganas de ver.

Nos sentamos en primera fila porque a Toni no le gusta ponerse las gafas. El protagonista de la película tiene aproximadamente mi edad, las piernas un poco torcidas, —Toni dice que eso le pasa por montar a caballo—, y los brazos del color del chocolate con leche desnatada.

Yo solía ponerme así de morena, incluso más, cuando iba a la playa, pero eso era antes de que a Toni le diesen alergia «la arena salada, las conchas de los bivalvos y las sombrillas coloridas y horteras de tergal barato», dice pronunciándolo como si todo fuera la misma cosa.

El protagonista vive en un poblado de casas pequeñas, como de plastilina, unidas entre sí por anchas calles de tierra en las que los vecinos dejan sus huellas y hablan unos con otros como si de verdad se alegraran de verse.

El chico, que se llama Martín, así, sin acento, no me quita ojo mientras actúa y eso me hace sentir un poquito incómoda. Toni no tarda en darse cuenta y noto cómo en su cara se van sucediendo diferentes muecas de fastidio.

Toni tiene un amplio repertorio de muecas. Las que más usa son las de fastidio, aunque también las tiene de cansancio, de indignación, de impaciencia, de incredulidad y de rabia; también tiene una que, si no te fijas bien, puede confundirse con una sonrisa.

Unas cuantas escenas después, mientras Martin conduce su jeep a través de la jungla y me saluda por el espejo retrovisor, un elefante sale de improvisto de detrás de una palmera cocotera y se cruza en su camino. Sin tiempo para maniobrar, Martin y su jeep se empotran contra su barriga.

El elefante barrita muy enfadado y eleva su trompa con gesto amenazador. Aterrada, me cubro los ojos para no verlo, aunque miro a través de mis dedos separados.

Cuando todo parece indicar que va a aplastarlo de un trompazo, el inmenso paquidermo comienza a agitar una y otra vez sus grandes orejas, cada vez más y más rápido, lo que provoca unas rachas de viento huracanado que se cuelan inmediatamente en la sala.

Con una mano me sujeto al reposabrazos de la butaca y con la otra me protejo la cara de la polvareda y de las ramas que se desgajan de los árboles. Vuelan también palomitas, un par de latas de refrescos vacías y una señora muy delgada que estaba sentada en la sexta fila —(y que conozco de la terapia, pero, shsss, de eso no puedo hablar porque a Toni no le gusta nada que vaya a terapia; dice que es una estupidez y una pérdida de tiempo y de dinero pagar a alguien para contarle tu vida)—.

La gente, tambaleándose los que consiguen ponerse en pie, emite gritos efervescentes para que les devuelvan su dinero mientras la señora muy delgada de la sexta fila —(y que conozco de la terapia)— planea sobre el público con cara de éxtasis y la falda y el moño alborotados. Martin, con expresión atónita y azorada, no sé si por el susto, el disgusto o el cambio inminente de guion, se limpia la sangre que le chorrea de la frente con el dorso de la mano, y esta, a su vez, con los pantalones. Toni dice, elevando mucho la voz, que todo es por mi culpa y que... No puede seguir porque una palomita se cuele en su boca abierta y comienza a toser.

En ese momento el director de la película sale a escena gesticulando como un loco y pidiendo a voces que corten. «¡Que corten y que alguien haga el favor de llevarse al maldito elefante!».

Al instante una muchacha con cara de muñeca de porcelana y maillot de lentejuelas irisadas que parece escapada de un circo aparece por la izquierda de la pantalla, se sube de un grácil salto a la grupa del elefante y lo saca mansamente de allí.

El viento cesa de repente y la señora delgada de la sexta fila —(y que conozco de la terapia)— cae en picado sobre un espectador calvo, idéntico al del anuncio de un famoso producto de limpieza, que, atento a la trayectoria de la mujer, la coge al vuelo.

Los espectadores aplauden a rabiar y les hacen una gran ovación.

Ellos, cogidos de la mano, interpretan varias reverencias con las que agradecen el entusiasmo de un público tan entregado.

Poco a poco va cayendo también el polvo que estaba en suspensión, las palomitas, las latas vacías, una carta de amor sin terminar y un pañuelo para los mocos de los de tela, con las iniciales bordadas, que nadie sale a reclamar como suyo.

Toni dice que nos marchamos ya. Me despido de Martín con un leve movimiento de cabeza y él me lanza un beso que cojo disimuladamente y guardo en el bolsillo de mi chaqueta.

Fuera brillan las primeras estrellas. La ciudad todavía conserva la calidez de las transacciones diurnas y a lo lejos se oye el murmullo de las golondrinas en un balcón. Camino despacio. Toni dice que me dé prisa, pero no le hago caso.

Sus zancadas apresuradas le alejan de mí. Con cada una de ellas se vuelve más y más pequeño hasta convertirse tan solo en un punto. Un punto y final.

Seis meses después...

He vuelto a ir a la playa.

Ah, el beso de Martín encogió estrepitosamente cuando lavé la chaqueta, pero ¡Qué se puede esperar de un beso de película!

PRIMER PREMIO



I CERTAMEN DE RELATO BREVE 2018

EL NIÑO

César Augusto García Beceiro

El ocaso

Ahora que el invierno se acerca me doy cuenta de que siempre tuve invierno contigo. El invierno cotidiano del miedo, de un niño que observaba la mirada de su padre intentando escapar del trueno.

Te envolvías cada día en tus dos paquetes de tabaco. Esa creí que sería la imagen que me quedaría de ti, entre nubes anárquicas de humo amargo, con esa sombra melancólica especialista en joder las fiestas. Ese olor agrio a colonia barata y sudor. Los tatuajes.

La vida a veces nos trae esto, un cuento triste. Cuando apareciste en mi vida tenía 4 años. La barba te llegaba al pecho de piel extrañamente roja y curtida, con manchas blanquecinas, piel de salchichón. No entendía lo que me decían. “Dale un beso a papá”. No. No conocía esa palabra. No podía ser. Con el tiempo aprendí a pronunciarla con tristeza. No fue culpa tuya. No nos caímos bien. No nos lo pusimos fácil. Tú recibiste peor medicina que yo, en el Vall d’Aran. Palos y cinto. Aprendiste a ser rudo para sobrevivir. Yo no. Yo sólo el miedo de la sombra al doblar el pasillo. El miedo a la palabra no dicha.

Al silencio que contiene los monstruos que chillan dentro de uno. Por eso con los años fui adoptando la estrategia del camaleón. Sigiloso me camuflaba. Como un metrónomo. Salía cuando tú entrabas. Entraba cuando tú salías. Tic tac. Me hice líquido. No había nada de mí en ese chico.

Aprendí a no distinguirme de mi propia máscara. Por eso 35 años después, cuando empezó tu enfermedad, la enfermedad del olvido, ni las lágrimas de mamá lograron que te viera de otra manera. Allí estuve disimulando junto a la cama. Observándolo todo tras mi máscara. Una máscara que observa otra máscara que observa mi máscara. Como en un juego de espejos. Qué ironía pensé, bienvenido a mi mundo. Yo que casi no guardo recuerdos, ni tiernos ni amargos. Por fin vas a transitar las mismas calles que yo.

No te envidié ese tránsito.

La noche cerrada

Fue en esos primeros años de cuidados y extravagancias, cuando los peores pronósticos arreciaban, y mamá se convertía en esfinge, duna y arena inescrutable, en la única tuareg que surcaba tus cambios de humor, fue en esos primeros años cuando me brotó la rabia. Como un vómito de sangre. Roja y negra. Una hemorragia que manó sin que tú entendieras nada. Un vómito antiguo de todo lo callado.

No fue un prodigio de valentía. No me siento orgulloso. Tú me mirabas con una mirada ya despojada de recuerdos y gesto perplejo. Un hilillo de baba paseaba despreocupadamente por la comisura de tus labios.

Te quedaste pensativo. Como el que entiende un dolor ajeno a él, haciéndolo suyo como si le estuviesen contando una historia de otros. “Debiste sufrir mucho” me dijiste.

Entendí en seguida que no había púgil. Ya era demasiado tarde. Hubiera querido que arremetieras con esa furia de padre padrone, “yo hice lo que pude, bastante tenía con daros de comer, porque de eso nunca te faltó, eh... trabajaba como una mula para que tú...”. ¡Bravo! Eso hubiera sido un buen comienzo para poder escupirte que odiaba tu perpetuo mal humor y la rudeza de sargento.

De hombre rudo acostumbrado a tratar con hombres aún más rudos. Que aquel era un niño que no sabía defenderse pero ahora yo venía a hacerlo. Yo, a ajustar cuentas por fin, con mi revolver en la lengua y mi sombrero justiciero porque ya no te tenía miedo maldito viejo.

Descerrajarte tres tiros, -mind bullets-, y salir por la puerta oliendo a pólvora y vómito. Pero no, no había púgil. Te habías escapado. Quizás fue esa vez, al reconocer mi sufrimiento, la primera vez que te vi. Entiéndeme, estoy hablando de algo parecido a la ternura.

Esa noche, justo antes de dormir, la perplejidad nos cerró los ojos y nos respiró al oído.

El amanecer inesperado

La vida a veces, nos trae esto, un cuento triste. Un ala negra. Una noche perenne. Mala suerte. La enfermedad siguió su curso. Te manchabas comiendo. Te desorientabas y te encontrábamos intentando salir de casa abriendo la nevera una y otra vez. A veces no reconocías a la gente por la calle.

Sin embargo justo cuando la noche se licúa en petróleo asfixiante, es cuando una tenue luz, una ínfima chispa casi imperceptible puede iluminar la estancia. Porque al mismo tiempo que menguaban tus recuerdos, iba in crescendo la sorpresa por la vida, la celebración de las pequeñas cosas, abriéndose paso la ternura, como si hubiese estado ahí siempre, obturada pero ahí.

Me gusta pensar que quizás la enfermedad, como inesperada ex machina, ha aparecido para salvarnos y convertir el drama en farsa.

Despojándote de toda máscara, devolviéndonos el niño que no pudiste ser; el que hubiera podido jugar en la nieve del valle, e ir a Pallars a la escuela; el que no tuvo que soportar a un padre alcohólico, ni huir de casa con dieciocho, el hombre que no pudiste ser. Y lo pienso al ver cómo cantas sin atinar con la letra. Y te da igual porque inventas lo que falta entre risas sonoras.

Y te emocionas al ver un perro. Y lo acaricias. Y te apena ver cómo se lo llevan con correa. Y quieres bailar con todas las mujeres por la calle pero sólo a mamá le susurras al oído que es la más bella de todas. Y agradeces y disfrutas la comida, como un náufrago ¿Quién es este hombre nuevo que resurge de la destrucción de la razón? Que siente, palpita, llora, ríe, baila, toca, juega, late.

Ese otro padre escondido bajo la lava, que hoy retoña y se lleva en la riada también mi máscara. Quizás no siempre el cuento sea triste, como cara b, quizás debajo de toda la mierda y la amargura, esté escondido como diamante en bruto, pugnando por salir, el amor que no pudo ver la luz.

RELATOS PRESENTADOS AL CERTAMEN

Al destino Hay que perseguirlo
Anita hoy no lleva sus trenzas largas
Arborescencia
Aterrizar los sueños
Biografía de una imagen
BruNo
Busco psicólogo en Madrid
Cambio
Caminemos juntos: Yo cuento, tú te reencuentras
Cartas marcadas
Cicatrices
Cinco largas horas
Con dos cojones
Correspondencia Espejo
Chema Gordini
Dale un giro a tu vida
Dale un giro a tu vida
Dale un giro a tu vida y busca tu propia felicidad
Dale un tiempo a tu vida
Date una oportunidad
Del Camino Hacia Uno Mismo
Desmontando el futuro
Dirección sur
Dónde sus pasos le llevan
El camino de deber
El engaño
El espejo
El inesperado reencuentro
El niño
El profesor Franz
El santo del agua
El viaje
En el hueco de la escalera
En sentido literal
Érase que se era un ratón en una ratonera
Es mi turno
Follie a Deux
Gira
Gira la Peonza
Homeless
La artista
La decisión de Silvia
La imaginación gira mi vida
La lavadora de emociones
La llamada
La mujer incompleta
La noria gira como la vida y la muerte
La pecera
Las naranjas de Teles
Libre
Luz en la oscuridad
Maquetas
Mi equilibrio en juego
Mi piel
Mi rompeolas
Mi Zafra - fobia
Paraíso perdido
Peces y panes
Por lo que pueda pasar
Quid Pro Quo
Reflejos
Sabemos lo que somos pero ignoramos lo que podemos ser
Se valiente
Sendas de agua
Sesión de tarde
Silencios, verdades y mentiras
Tomaba té
Un giro en la adversidad
Un primer paso
Una Sonrisa al Amanecer
Versiones
¿Es mejor ser mujer?
¿Y ahora, qué...?
180 grados
180 grados
360°

Patricia Edith La Rosa
Yolanda Campa Rodríguez
Alejandro Martín Calle
Daniel Enrique Schoffer Kraut
Luciano Montero Viejo
María Teresa Inglés y García de la Calera
Miguel Roa Polo
Mercedes de Juan Arranz
Inmaculada Domínguez Rodríguez
María Carmen Linares Miquel
Antonio Jesús Molina Fernández
Tatiana Fernández Marcos
Antonio Pamos de la Hoz
María Cuadrado Castaño
José M^a Ordovás Pérez
Elisa Tarilonte Terán
Olga Castanyer Mayer-Spiess
Gemma del Val Peralta
Pablo Prada Bou
Socorro Jiménez González
Pablo Feito Fernández
Carmen Espeso Ladrón de Guevara
Carmen Lidia García Huerta
M^a José de Pedro Palazuelos
Raquel Ferreiro Molina
María Dolores Fernández Cros
Yolanda García Blázquez
María Lidia Miralles Prats
César Augusto García Beceiro
Miguel del Nogal Tomé
Marta Sanz Ramos
M. Teresa Muñoz Guillén
Emilio Irazábal Martín
María del Carmen Criado Bustos
Ana Isabel Fernández Melcón
Pilar Jiménez Puente
M^a Luisa Álvarez Molins
Silvia Sánchez Zaldivar
Mar López Fernández-Pacheco
Julián García Camacho
María Isabel Díez Cordero
Sandra Sanz García
María Luisa Molina Ayuso
Fernando Adrian Mitolo
Inés Alonso Apausa
Carmen Sanz Chacón
Miryan Wodnik Valdés
Emilio J. Barba Solanes
Belén Picado Moreno
Antonio Cervero Fernández-Castañón
Musa Mohamed Isidro
María Marcela Lockett Destri
Rosa Collado Carrascosa
Emiliano de la Cruz García
Clotilde Alonso Martínez
Benito López Andrada
María Crespo Puerto
Jesús Ignacio Padilla Martín
María Cristina Morillo Cuadrado
María del Mar Cano Montil
Ismael Sesma del Val
Lorena Sánchez Reyes
Cristina González Gámez
Amparo Núñez Rodríguez
Margarita del Brezo Gómez Cubillo
Elizabeth Sánchez Arellano
María Dolores Villalobos Tornero
M^a Dolores Pérez Redondo
Marta Freire Ubeda
Pilar Fernández Peces
Marta Colomina Aguilar-Ponce de León
María Francisca Noemí Tovar Carretero
Juan Vicente García Caravantes
Ricardo Tremearne Bonilla
Beatriz Álvarez Valera
Patricia Varela Carabel

**DALE
UN
GIRO
ATU
VIDA**

